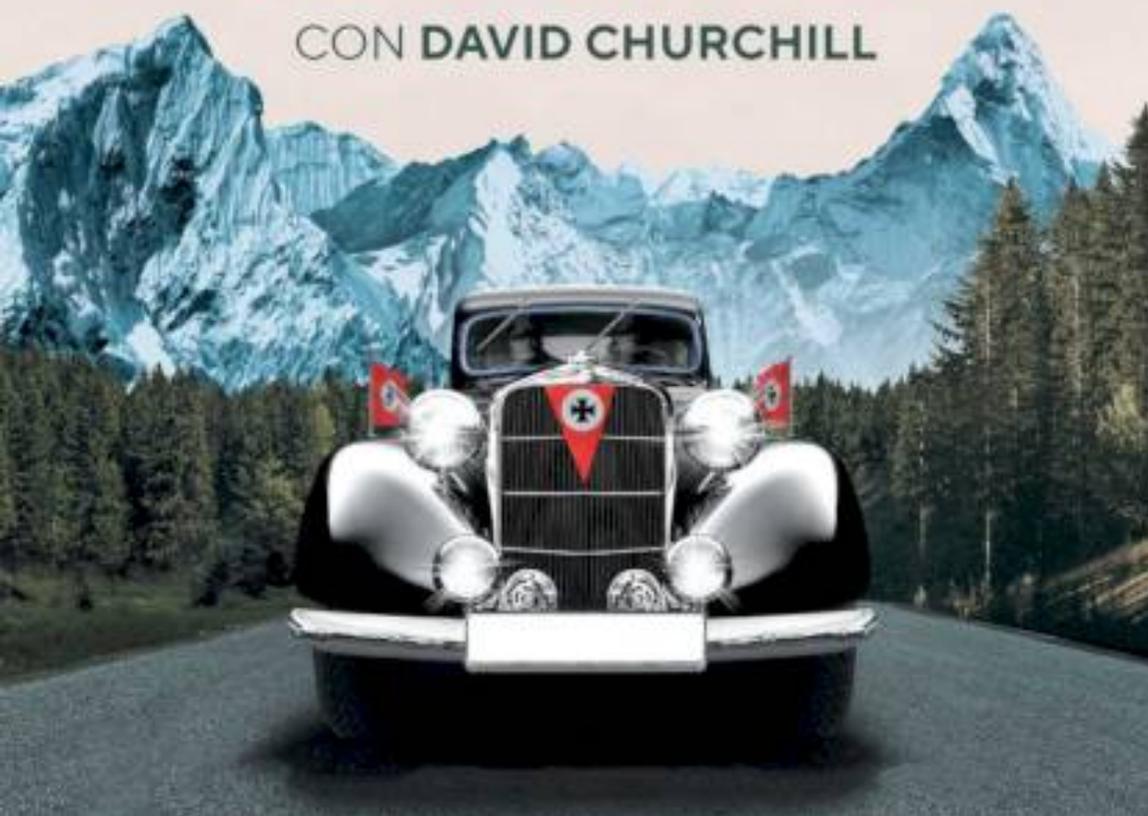


UNA HISTORIA DE CORAJE, TRACIÓN Y AMOR INDESTRUCTIBLE

# WILBUR SMITH

## LA GUERRA DE COURTNEY

CON DAVID CHURCHILL



Saffron Courtney y Gerhard von Meerbach parecen bendecidos por los dioses: bellos, ricos, enamorados. Pero, a poco de conocerse, Hitler desata sus fuerzas contra Polonia. Dos días más tarde, Gran Bretaña declara la guerra a Alemania y el horror explota en todo el mundo. De un momento al otro, los amantes se ven obligados a separarse y a luchar por sus vidas.

Pese a su rechazo por el régimen, Gerhard pelea por Alemania, su patria, con el propósito secreto de hallar la forma de liberarla de Hitler. Pero cuando la unidad militar bajo su comando entra al infierno de la batalla de Stalingrado, comprende que sus chances de sobrevivir son escasas. Mientras tanto Saffron, reclutada por la Dirección de Operaciones Especiales para investigar cómo los nazis han infiltrado las redes aliadas, se convierte en blanco de la persecución del más despiadado de los espías. Enfrentados al mal en sus formas más espantosas, tendrán que tomar la decisión más difícil: sacrificarse por la causa o intentarlo todo para volver a estar juntos.

*Todos los días doy gracias a Dios por amarte,  
mi encantadora esposa, Mokhiniso.  
Tu rostro es la imagen más hermosa que jamás haya visto,  
tu risa es la música más encantadora que jamás haya escuchado.  
Amarte es la experiencia más maravillosa de mi vida.*

París en primavera: una ciudad hecha para los amantes en la estación del romance. Y de todas las parejas que paseaban tomadas del brazo por los jardines de las Tullerías aquella tarde de Viernes Santo de 1939, ninguna estaba tan superlativamente enamorada como aquella de la chica alta, esbelta, y el hombre a su lado, que la miraba con una sonrisa de incredulidad ante su propia buena suerte. Todavía la brisa de principios de abril era un poco fría, y la joven se acurrucó un poco más entre los anchos hombros de él y levantó la mirada para encontrar sus ojos, sabiendo que él no podría resistir la tentación de besarla, y al diablo con la mirada de desaprobación de algún transeúnte.

En otros lugares, las búsquedas paralelas de perfección femenina y elegancia varonil pueden ser consideradas frivolidades inútiles y triviales. Pero en París, la belleza siempre ha sido considerada un imperativo moral, y este hombre y esta mujer constituían dos magníficos ejemplos de ello. La joven poseía una figura que cualquiera de las casas de alta costura de la Rue Cambon o de la Avenue Montaigne habría querido tener como modelo, si no fuera porque ya se estaban peleando entre ellas por tenerla como clienta. Además, su rostro resultaba igualmente llamativo. Sus rasgos, enmarcados por una cabeza de negros cabellos gruesos y brillantes, eran una señal de la fuerza de su carácter. Con mandíbula y pómulos bien definidos y barbilla firme, la línea de la nariz era de trazo decidido y no un botón respingado. Sin embargo, tan delicados eran sus huesos y tan atractivamente carnosos sus labios que impedían toda sensación de masculinidad. Los enormes ojos azules, tan transparentes como los cielos africanos

bajo los que había nacido, delineados con gruesas pestañas negras que apenas necesitaban rímel, completaban la imagen de una deslumbrante feminidad.

Y para semejante modelo, él era el compañero adecuado. A ella le encantaba que fuera una cabeza más alto que ella, incluso cuando usaba tacos altos. Cualquier mujer que pasara por allí podía ver los mechones rubios, oscuros, de su cabello peinado hacia atrás como al descuido, y el brillo de estrella de cine de aquella encantadora sonrisa. Y dado que estaban en París, también se habría dado cuenta de que aunque su ropa era informal –un par de pantalones de franela gris oscuro y una chaqueta deportiva de *tweed*, en lugar de traje, con la camisa abierta y un pañuelo de seda al cuello, en lugar de corbata–, cada prenda tenía un corte perfecto y los zapatos estaban impecablemente lustrados.

Lo que solo la joven a su lado, y ninguna otra mujer, podía percibir, era que los ojos grises de este hombre eran ventanas a un alma más sensible y reflexiva de lo que una impresión al pasar pudiera sugerir. Ella sabía que si bien sus brazos eran fuertes y musculosos, sus manos eran las de un artista. Sus dedos largos y elegantes podían dibujar cualquier cosa en la que posara la mirada, o podían recorrer todo el cuerpo de ella, jugando con cada parte y dándole placeres que ella nunca habría imaginado posibles, solo superados por el éxtasis que la parte más emocionante y poderosa de él podía ofrecer.

En verdad, Saffron Courtney y Gerhard von Meerbach parecían bendecidos por todos los dioses: eran ricos y estaban muy bien relacionados, a la vez que resultaban agradables a la vista. Solo un corazón de piedra podría reprocharles su buena fortuna.

–¿Realmente han pasado solo tres meses desde que nos conocimos? –se preguntó Gerhard–. No puedo imaginar la vida sin ti. ¿Cómo pude sobrevivir durante veintisiete años sin tener idea de que tú existías? Hasta que...

–Hasta que aterricé a tus pies –completó Saffron, riéndose–. Hecha un lío, desaliñada y vestida como un hombre.

Cuando dos personas están enamoradas, pocas cosas en el mundo les resultan tan fascinantes como su propio amor. Gerhard y Saffron hallaban a cada instante nuevas formas de contar cómo había sido su primer encuentro, igual que niños que quieren escuchar el mismo cuento todas las noches antes de dormir.

Saffron había fingido ser un hombre disfrazando su feminidad con ropa voluminosa, decidida a experimentar la euforia de la Cresta Run en St. Moritz, a pesar de que esa pista de trineos era exclusivamente para hombres. Ella se había lanzado por la pista de hielo, negándose a reducir la velocidad, hasta que finalmente fue expulsada de su trineo en una de las curvas para caer dando volteretas en la nieve. Había perdido los lentes oscuros y fueron sus ojos los que se clavaron en el alma de Gerhard.

–¡Lo sé! –confirmó él–. Apenas te miré... y ¡bum! Me cayó un rayo de un millón de voltios, como en la película de Frankenstein, ¿recuerdas?, cuando el doctor hace que toda la electricidad atraviere al monstruo. Nunca había sentido algo así. De verdad, amor a primera vista. Y pensé, ¿cómo puede ser? ¿Cómo puedo sentirme así por una mujer? Y luego cuando te alejaste...

–Hice aquel leve contoneo. Sabía que tenía que hacerlo. Sentí lo mismo que tú y simplemente tenía que hacértelo saber.

–Y todo porque eres tan valiente... y tan, tan terca. –Gerhard se echó a reír–. ¡Algo tan propio de Saffron! Tenías que bajar la Cresta Run, aunque sabías que era solo para hombres.

Saffron sonrió.

–¡Por supuesto! ¿Por qué solo ustedes los hombres pueden gozar de toda la diversión?

De repente, el estado de ánimo de Gerhard pareció ensombrecerse, como si una nube hubiera tapado el sol.

—Ah, pobre Chessi. Todavía me siento mal por ella... Se suponía que aquella era la noche...

—¡Chist! —Saffron le puso un dedo en los labios para silenciarlo.

Francesca von Schöndorf había sido su mejor amiga en la escuela. Siempre juntas, Chessi y Saffy: una era una dulce y sensata niña alemana, la otra, una niña de África apenas domesticada, recién llegada a Inglaterra después de haber sido criada en las tierras altas de Kenia. Más de una vez, Saffron había ido a Alemania invitada por los Von Schöndorf, y había visto de qué manera iba cambiando el país ante sus ojos mientras los nazis lo transformaban enteramente de acuerdo con su retorcida imagen.

Para la Navidad, cuando Saffron, de vacaciones en la Universidad de Oxford, se estaba quedando con unos parientes en Escocia, Chessi le había escrito. La carta explicaba que iba a estar en St. Moritz para el Año Nuevo y que prepararía una fiesta en su chalet durante la que esperaba que el hombre al que amaba le propusiera matrimonio. Saffron atravesó presurosa toda Europa, tanto porque quería estar con su amiga y compartir su alegría como por la emoción de la Cresta Run. No tenía idea de que el amor de su vida la iba a estar esperando, menos aún que él sería el hombre con el que Chessi esperaba casarse.

Pero el amor es implacable e irresistible.

—Tú y Chessi no estaban destinados a estar juntos —le aseguró Saffron—. Si fuera así, no me habrías conocido, e incluso si me hubieras conocido, me habrías ayudado a levantarme y me habrías quitado la nieve de encima para luego seguir tu camino. Y yo ni siquiera habría pensado en ti.

—¿Y luego, cuando nos encontráramos de nuevo, en la fiesta de esa noche?

–Entonces habríamos necesitado un segundo para reconocernos y luego reírnos de lo que había pasado, y le habrías contado a Chessi cómo ocurrieron las cosas y ella también se habría reído. Ninguno de nosotros lo habría tomado para nada en serio, porque nada de eso habría sido serio. Tú habrías estado destinado a Chessi. Pero no fue así, estabas destinado a mí. Además... ¡Oh!

Saffron gritó cuando una ráfaga de viento le quitó el sombrero de la cabeza, y ambos corrieron por la Grande Allée, riendo como niños mientras perseguían a la escurridiza prenda de fieltro negro con brillantes flores de seda.

La felicidad los acompañó por el resto de la tarde. Se detuvieron ante la Torre Eiffel para sacarse una foto con uno de los fotógrafos que trabajaban por allí.

–¿Dónde desea *monsieur* que envíe la foto? –preguntó el hombre.

–Estamos en el Ritz.

El fotógrafo miró a aquella pareja dorada y sonrió.

–Claro. Por supuesto.

Cenaron en La Tour d'Argent, desde donde vieron pasar las luces de los barcos en el Sena mientras comían el pato prensado por el que era famoso el restaurante. Como era costumbre, el propietario, *monsieur* Téralil, les entregó tarjetas postales numeradas como certificados de haber comido ese plato.

Después, agradablemente somnolientos por el cóctel de champán que había precedido a su comida y la botella de Cheval Blanc 1921 que había acompañado al pato, Saffron apoyó la cabeza sobre Gerhard y se burló de él cariñosamente.

–Quiero ir a dormir –balbuceó ella–. Estoy demasiado cansada como para besitos y caricias.

Gerhard asintió, frunciendo el ceño con exagerada concentración.

–Mmm... creo que es lo prudente. Has tenido un día largo. Deberías descansar un poco. No te va a molestar si

te dejo en la cama y me voy al centro, ¿no? Me han dicho que las bailarinas del Folies Bergère son particularmente bonitas este año.

—¡Malo! —Ella hizo un puchero y lo abofeteó sin fuerza.

Regresaron a su *suite* y, sin prestar atención a las elegantes decoraciones color crema, *beige* y dorado, atravesaron sin vacilar las altas puertas de cristal, que daban al balcón sobre el magnífico jardín del Ritz con vista a la ciudad. Ya habría tiempo suficiente por la mañana para acurrucarse en uno de los sofás tapizados en seda o para disfrutar del panorama.

Saffron se quitó los zapatos, se arrancó el vestido por encima de la cabeza y lo arrojó al suelo sin la menor preocupación por la delicada tela de seda. Se desabrochó el corpiño y se quitó la ropa interior francesa, riendo mientras le daba una última patadita con los dedos de los pies para enviarla volando hacia Gerhard, como un misil de satén blanco. Se dejó puestas las medias, pues sabía que a su hombre le encantaba el contraste del color y el tacto.

Se arrojó sobre la cama y luego adoptó una pose deliberada, sentada con la espalda sobre las almohadas apiladas contra la cabecera, en actitud provocadora y sin vergüenza, a la vez que dirigía sus ojos hacia Gerhard. Este se desabrochaba la camisa con irritante lentitud, un botón a la vez, dejando a la vista poco a poco el pecho, ligeramente cubierto con pelos dorados. Ella luego pudo ver las formas marcadas de los músculos abdominales. Gerhard la miró, disfrutando de la mirada de ella. Hizo una pausa y sus ojos examinaron cada centímetro de ella, y Saffron sintió que el calor aumentaba dentro de sí. Era el comienzo de la fusión.

La sonrisa de él se ensanchó. Sabía lo que le estaba provocando a ella. Y Saffron pudo ver, cuando Gerhard se soltó el cinturón y abrió el botón superior de sus pantalones, que ella estaba provocando un efecto igualmente potente en él. Se quitó los pantalones.

«Buen chico», pensó Saffron al ver que ya se había quitado las medias.

Y luego él estuvo sobre ella, y dentro de ella, y Saffron se sintió completada por él, como si fueran dos mitades de un solo organismo. Los gemidos se convirtieron en gritos, y ella se entregó, en cuerpo y alma, al hombre que amaba, tal como él se entregaba a ella.

Más tarde, ya saciados y con Saffron en los brazos de él, ella le pasaba distraídamente los dedos por los pelos del pecho.

—Esta será la última vez que podremos estar juntos, mi amor... —dijo Gerhard— antes de que se desate la tormenta.

Saffron sintió un *shock* helado. Envolvió sus brazos alrededor de él, como si pudiera obligarlo a quedarse con ella.

—No digas eso.

—El Führer no se va a detener en Austria y Checoslovaquia. Por allí están todos los antiguos territorios prusianos que le dieron a Polonia. Él quiere que se los devuelvan. Usará Danzig como excusa, espera y verás.

—Que se los devuelvan, entonces. ¿Qué nos importa a nosotros?

Gerhard se encogió de hombros.

—Nada... solo que Chamberlain y Daladier les han prometido a los polacos que Gran Bretaña y Francia harán respetar sus fronteras.

—¿Y eso no va a evitar que Hitler avance?

—¿Por qué va a detenerse? Ya se ha salido con la suya muchas otras veces. Los británicos y los franceses siempre han retrocedido. Él va a suponer que volverán a hacer lo mismo.

—¿Y qué pasa con los rusos? No les va a gustar que la frontera alemana esté cada vez más cerca de la Unión Soviética.

–No lo sé... Pero puedo decirte esto: mi querido hermano Konrad se pavonea, afirmando a todo el que quiera escucharlo que todo el mundo está a punto de temblar. «Van a recibir el puño de hierro del Reich en sus rostros» como a él le gusta decir. Luego me dice que vaya a buscar mi uniforme de aviador, porque lo voy a necesitar.

–¿Él también va a pelear si llega el momento?

–¿Konrad? No, él no. Volverá a Berlín, cómodo y seguro, chupándole las medias al general Heydrich, igual que siempre.

Saffron no pudo evitar reírse, pero luego se detuvo.

–No tiene nada de gracioso, ¿verdad? –Se produjo un momento de silencio y luego agregó–: Sé que es egoísta de mi parte, cuando todo el mundo está a punto de estallar en llamas, pero lo único en que puedo pensar es: ¿qué va a ser de nosotros?

–Estoy armando un sistema con Izzy, una forma de enviarnos cartas entre nosotros. Será complicado y se necesitará una eternidad para que nuestros mensajes nos lleguen. Pero llegarán, lo prometo.

–¿Eso será seguro para él?

–Él dice que estará bien. Pasó la última guerra en el frente, ¿cómo podría estar en peligro si va a pasar esta en Suiza?

–Pero podrían encontrarlo allí, ¿no?... Si lo descubren.

Saffron sintió que Gerhard asentía con la cabeza mientras decía:

–Ja, podrían encontrarlo. Pero a Izzy no le importa. Dice que es su forma de pagarme por haberlo sacado de Alemania.

Isidoro Solomons era un héroe de la Primera Guerra Mundial, galardonado con la Max Azul, la más alta condecoración al valor de Alemania. Había regresado a su casa en Múnich y había tomado el lugar de su padre como abogado de la familia Von Meerbach y asesor de máxima confianza.

Pero los Solomons eran judíos, y Konrad von Meerbach era un nazi fanático, cuya pasión por Adolf Hitler y todas sus obras superaba con creces cualquier consideración de lealtad o decencia. Apartó a Solomons de sus deberes, sin previo aviso ni compensación.

Gerhard, por su parte, no estaba hecho de la misma madera que su hermano. Avergonzado por la forma en que había sido tratado un amigo y servidor tan leal, logró persuadir a Konrad para que le diera cinco mil marcos alemanes del fideicomiso familiar con el pretexto de que quería comprarse un Mercedes deportivo. Pero le dio ese dinero a Isidoro Solomons y, con ello, posibilitó que una familia entera escapara a un lugar seguro en Suiza.

Al día siguiente de encontrarse con Gerhard, Saffron viajó con él a Zürich para encontrarse con Solomons. Ella conoció la historia por boca del propio abogado, y vio el respeto que la comunidad judía local tenía por Gerhard, y descubrió el precio que Konrad, disgustado por su hermano «amante de los judíos», le había hecho pagar por el delito de poseer una conciencia. Saffron entendió entonces que ahí había alguien que conocía la diferencia entre lo que estaba bien y lo que estaba mal, y que estaba dispuesto a actuar de acuerdo con ello, cualesquiera fueran las consecuencias. Eso la hizo sentirse segura, tanto en su corazón como en su mente, de que había elegido al hombre adecuado para amar.

–Me gusta Izzy –manifestó ella—. Es muy bueno de su parte hacer esto por nosotros.

–Créeme que a él también le gustas. No deja de decirme que es su deber moral mantenernos unidos: «Nunca encontrarás a otra mujer como ella si no lo hago».

–Bien, eso es cierto. No la encontrarás.

–¿Y tú, alguna vez encontrarás a otro hombre como yo?

–No... Nunca. Lo juro. Yo siempre seré tuya.

Hicieron el amor otra vez... y varias veces más por el resto del fin de semana de Pascua. El domingo por la tarde, Saffron despidió a Gerhard en la Gare de l'Est, donde abordó el expreso nocturno a Berlín. Ella se las arregló para no llorar hasta que el tren salió de la estación. Pero luego las compuertas se abrieron cuando fue imposible seguir negando la horrible verdad.

Su amor por Gerhard von Meerbach acababa de comenzar. Pero podría no volver a verlo nunca más. Ella podía desear vivir en una época en la que pudieran estar uno con el otro y construir una vida juntos, en paz. Ella podía decirse a sí misma que su amor iba a sobrevivir y sus sueños se harían realidad, y tratar, con todo su corazón, de creerlo. Pero luego, otra voz dentro de ella preguntó: «¿Qué posibilidad hay de que eso ocurra?».

Menos de cinco meses después, en las primeras horas del viernes 1.º de septiembre de 1939, Hitler desató las fuerzas de la Alemania nazi contra Polonia.

Dos días más tarde, Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. Y las matanzas, el sufrimiento y el horror explotaron en todo el mundo.

Otro abril en otro país, una tarde a principios de la primavera de 1942. Saffron Courtney vestía un holgado overol negro de sarga que ocultaba su figura. En el taco de una de sus botas de cuero duro se ocultaba un pequeño cuchillo de combate y el botón del bolsillo para mapas en la pierna izquierda era un píldora letal disimulada. Se inclinó sobre la vía del tren y presionó el bloque de explosivos de un kilo y medio en el espacio entre la base y la parte superior del riel. El bloque, compuesto de seis cartuchos de 22 gramos de explosivo plástico Nobel 808, era tan maleable como la arcilla, de modo que Saffron pudo aplastarlo contra el metal. El aire de la noche estaba cargado de un fuerte olor a almendras que emanaba de los explosivos a base de nitroglicerina. Introdujo un tramo de cable detonante, sobre el que se había aplicado una capa de algodón pólvora de 30 gramos. Una vez que estuvo segura de la colocación, sacó de la mochila un rollo de cinta adhesiva color caqui de dos centímetros, cortó un pedazo con los dientes y lo puso sobre el explosivo plástico y sobre el riel. Luego cortó un segundo pedazo y repitió el procedimiento, de modo que las dos tiras, separadas unos tres dedos una de otra, sostuvieran la bomba que estaba colocando.

Se puso en cuclillas y miró las vías hacia un lado y otro. Luego miró a cada lado del estrecho paso. Eran casi las nueve de la noche, pero en la franja norte de un imperio nazi que se extendía desde las profundidades del desierto del Sahara hasta más allá del Círculo Polar Ártico, todavía había suficiente luz como para ver sin linterna. Saffron se aseguró de que nadie la estuviera observando. Por un par

de segundos se detuvo ante la serena y límpida belleza del cielo nocturno septentrional, su suave azul, atravesado por nubes de diferentes tonos de gris ostra, gris perla y rosa pálido. Aspiró el aire mezclado con el suave aroma de la aulaga, cuyas hermosas flores amarillas se abrían por entre los últimos restos de nieve invernal, y el fuerte olor a sal y algas de mar.

El siguiente objeto de su mochila era un botón de metal de poco menos de cinco centímetros de diámetro. Estaba unido a un clip de alambre, con forma de «U» invertida. Esto se ponía sobre el riel para que el botón quedara bien visible encima de él. En la Dirección de Operaciones Especiales, en la que Saffron cumplía funciones, a este dispositivo lo llamaban «señal de niebla» porque se parecía al pequeño detonador cargado con explosivos que se colocaba en las vías para alertar a los maquinistas. La presión de las ruedas del tren sobre el dispositivo activaba el explosivo, que producía un ruido como de un gran petardo. Esto alertaba a los maquinistas del tren sobre peligros más adelante, o, cuando había niebla, les hacía saber que se estaban acercando a una estación y debían comenzar a disminuir la velocidad.

Ningún trabajador ferroviario o tripulante de trenes se iba a sorprender al ver ese botón en las vías, y sería necesaria una inspección minuciosa antes de darse cuenta de que Saffron había puesto un cordón detonante entre el botón y el bloque de explosivo plástico. Cuando el siguiente tren pasara por la «señal de niebla», el detonador iniciaría la cadena explosiva de cordón, algodón pólvora y carga principal de 808. Y todo volaría por los aires.

El tren llevaba quinientos hombres de las Waffen-SS y debía pasar en menos de diez minutos. Si la carga funcionaba, el tren se iba a descarrilar, y muchos de los hombres a bordo morirían o quedarían lesionados. Y lo que era más importante, destruiría las vías y bloquearía el paso. Los límites estrechos y las paredes verticales de granito